

Por una **universidad** con la(s) dis-capacidad(es): desnormalizando nuestra **Alma Máter**

Alexander Yarza de los Ríos

La diversidad se vuelve rostro en nuestras aulas

En nuestra casa planetaria hemos nacido en medio de una diversidad que cada vez tiene más presencia en nuestras aulas, en nuestra Alma Máter, en nuestra *Universitas* o, si se prefiere, en nuestra *Pluriversitas*. Desde que nacemos, nuestra vida es una profunda multiplicidad.

La exclusión y la inequidad no son sólo palabras vacías que rondan las cabezas o textos, sino que atraviesan nuestros cuerpos, la vida diaria, el presente y el futuro en las sociedades contemporáneas. La pobreza y la miseria azotan, implacablemente, nuestras comunidades, ciudades y pueblos; las cifras, crónicas y testimonios de incontables seres humanos, de compatriotas y de hermanos nos sitúan, especialmente desde nuestra Alma Mater, desde la Academia, ante una pregunta ética y política sobre la necesidad de transformar el mundo, en asocio con la sociedad civil, el Estado y el sector privado. Y es en este contexto donde, además, debemos pensar las presencias y ausencias de las personas con discapacidad y excepcionalidad en la educación superior.

Los estudios sociodemográficos señalan que el porcentaje de discapacidad en Colombia, según el censo del DANE en 2005, asciende a 6,4% de la población colombiana, es decir, a 2'632.255. De ese porcentaje,

un tanto desactualizado, tenemos que el 31,36% no tiene ningún grado de escolaridad y el 30,27 cuenta con la educación básica primaria incompleta. Mientras que el 0,81 tiene estudios universitarios sin título y el 0,45 con título universitario.

Es precisamente en esta realidad de exclusión, inequidad, desigualdad y desescolarización que debemos entender los desafíos de pensar otra Universidad con la discapacidad y excepcionalidad, en tanto una expresión de la diversidad que se vuelve rostro, cuerpo, pensamiento, lenguaje y presencia en nuestras aulas universitarias, en todas nuestras sedes y seccionales del Alma Mater.

Del “anormal” a las personas con discapacidad

La discapacidad tiene una historia larga como la historia de la humanidad. En Grecia y Roma, los discapacitados vivieron el exterminio y la expulsión de las ciudades, y se entendía la discapacidad como un castigo divino, explicación mágica que, durante siglos, implicó actitudes como rechazo, caridad, conmisericordia, asistencialismo religioso y ocultamiento, también trajo consigo la mendicidad, la indigencia y la burla. Del Renacimiento a la Modernidad, se transitó hacia su entendimiento como una enfermedad y un defecto, tanto del cuerpo, la mente o el espíritu, lo que ha conllevó, sin abandonar todo lo anterior, al encierro, la segregación y la exclusión. De

allí se materializará, en el siglo XIX, la visibilización estigmatizante del alienismo, de la psiquiatría, de la ciencia de razas, de la degeneración, de la anormalización.

En la pedagogía y en la educación, de defectuosos, idiotas o imbeciles se pasa a nombrar a los discapacitados como anormales, irregulares y especiales. Empiezan a estar en aulas y escuelas especiales, a educarse, a desarrollarse, a ser perfectibles y formables.

En la actualidad entendemos que la discapacidad es una construcción socio-histórica y cultural, que implica verla como una situación interactiva y no como una enfermedad individual. Hoy, sin duda, son ciudadanos y ciudadanas, pero se encuentran en una situación de opresión por una sociedad mayoritaria normalizadora y normalizante diseñada para los supuestos "normales". Y, aun así, los discapacitados tienen derechos y deberes y se cuenta con la intención de accedan a las escuelas, a los servicios laborales, culturales, de salud, recreación, etc. Aunque todavía falta mucho para que deje de ser una intención y se vuelva vida diaria, cotidianidad.

Cambios en las maneras de ver, como caminos para la inclusión en clave de equidad

En este contexto, es necesario plantear algunos caminos y senderos para la reflexión, acción y formación, que nos permitan avanzar en una universidad con la discapacidad.

Barreras más que incapacidades

Más que pensar que los estudiantes universitarios con discapacidad son un pro-



Beatriz González. Boceto *Inundados* 11

blema o que nos traen dificultades en la preparación de clase y en la enseñanza, debemos entender que pueden aprender y que tenemos que aprender a derribar las barreras (físicas; epistémicas; informacionales y comunicacionales; actitudinales; de creencias; de mediación forma-

tiva, pedagógica y didáctica) y a cambiar los entornos y ambientes de aprendizaje y formación universitaria. Por tanto, debemos mirar primero cómo está el entorno, el afuera para luego mirar al sujeto.

Singularidad más que déficit

Al mirar las barreras, debemos también reconocer que ese estudiante, como cualquier otro, es pura singularidad. Así que más que pensar en lo que no puede hacer o en su déficit, debemos indagar por su vida, por su historia, por sus estrategias de aprendizaje, por sus intereses, motivaciones y fortalezas, por sus propios recursos y apoyos y, también, por supuesto, por sus limitaciones e imposibilidades. El reconocimiento de la singularidad de ese aprendiz nos llevará a entender que es nuestro primer maestro: aquél que nos enseñará cómo debe ser, en principio, la relación pedagógica. Después vendrá, si se quiere y requiere, una formación más especializada.

Interacciones contextualizadas

Como se ha dicho, se requiere cambiar la mirada, con las palabras que la acompañan, pero también mirar los contextos en interacción con los sujetos. Cada contexto, regional o local, establece distinciones en la relación entre los sujetos y el conocimiento. Por tanto, debemos contextualizar la enseñanza y la relación pedagógica, al tiempo que pensamos otros espacios, otros recursos y apoyos, y otras mediaciones formativas que nos terminen transformando en nuestro interior.

En primer lugar, se requiere cambiar el espacio de aula, mirar sus obstáculos y dificultades de acceso para eliminarlos. También se debe salir del aula y favorecer la interacción en otros contextos y espacia-

lidades, asegurando su accesibilidad. En este sentido, debemos pensar en rampas, barandas, ascensores, señalética, adecuaciones en sillas y mesas, entre otros.

En segundo lugar, pensar en acceso al conocimiento y la información. Existen otros medios para asegurar que las personas con limitación visual o con sordera puedan aprender: lectores de pantalla, sistema braille, audio libros, escáner de documentos, regletas, planchas de caucho, software especializados, materiales multisensoriales en relieve o 3D lengua de señas, mapas mentales y organizadores ideo-visuales, entre otros.

En tercer lugar, tenemos que construir otras mediaciones formativas que promuevan el aprendizaje colaborativo, las tutorías y mentorías personalizadas o en pequeños grupos, con otros lenguajes (táctiles, visuales o corporales, según el caso), con flexibilización curricular y didáctica, construyendo otras alternativas para educar.

En cuarto lugar, debemos mirarnos dentro y desentrañar nuestras finalidades en la formación de nuevos profesionales. A partir de allí reconoceremos nuestro ideal de profesional por formar, lo cual implica reconocer el perfil profesional que orienta nuestras prácticas y relaciones, al tiempo que la carga de normalidad que pesa sobre el mismo. Y ese ideal es el que debemos transformar radicalmente para darle paso a la diversidad y, desde allí, saber que otra universidad con la discapacidad es posible.

La educación superior sin diversidad o diferencia, sin discapacidad, sin interculturalidad o transculturalidad, corre el riesgo de tornarse un espacio vacío, mo-



Beatriz González. *Auras anónimas*

nótono, normalizante y homogéneo. Y allí, la confluencia de lo universal con la diversidad se estandariza hasta el punto de intentar borrar nuestra singularidad. Nuestra ventaja, nuestro margen de resistencia consiste en que esto casi nunca sucede... siempre lo pequeño, lo minúsculo, lo alterado, lo anormalizado (visto en su cotidianidad microfísica) se levanta y puede instaurar una crítica voraz a la normalidad, en este caso, de esa temible “institución de educación superior normalizada/normalizante.

Se hace insoslayable, por tanto, una reforma radical, democrática y emancipadora de la Universidad, en la cual se

admite la relación entre la discapacidad y la educación superior, se afirme la formabilidad del ser humano y se disponga de espacios educativos hospitalarios y dignos, donde el sujeto sea reflexivo, creativo, crítico, y potenciado en tanto transformador de mundos.

Alexander Yarza de los Ríos es profesor en la Universidad de Antioquia; hace parte del Grupo Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia –GHPP– y del Grupo de Estudios e Investigaciones Sobre Educación Especial –GRESEE– de la Facultad de Educación. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.